

El Encuentro

Le motivaron a marchar a ese sitio unos latidos rápidos y desgarradores como nunca los había sentido antes y que presagiaban, en ese instante, la razón del desasosiego de su estancia en la ciudad. Al irse acercando allí, paulatinamente, comprendió que ya no lo podía seguir negando más. Comenzó a reírse a carcajadas, sin saber el motivo y ni el por qué este lugar —donde había hallado al ángel cautivador— no era el que caracterizaba a un espacio cualquiera sino al correspondiente de un ambiente saturado de mucha luz, alegría y amor. A partir de ese instante, él sintió que ese lugar poseía una energía que —de una forma u otra— le obsequiaba un elixir más para seguir viviendo. Es así como

decide volver a entrar nuevamente a la oficina

donde había visto por primera vez al ángel que ansiaba encontrar otra vez. Y buscándola con la mirada —y sin perder la sonrisa en sus labios— se topó directamente con aquella mujer de ojos tiernos y cálidos que le terminaron de abrir el corazón. En este justo instante cuando quiso saludarla —y sin saber por qué— él comenzó a tartamudear al tratar de decirle alguna palabra, pero no le salía ninguna! De esta manera —y con un poco de sonrojo — pudo disculparse y pedirle nuevamente, con un ademán de manos, el mapa que anteriormente ella le había mostrado sobre la ciudad. Luego, él se sentó un minuto para poder tomar un respiro y para reorganizar en su mente las palabras adecuadas que le permitieran dirigirse más

asertivamente hacia aquella encantadora mujer. Fue así como, y sin más preámbulos, le dijo que había perdido toda la información que ella le había suministrado anteriormente sobre la ciudad. No tenía otra excusa más que inventar que esa y, sin meditarlo mucho, se atreve a expresarle —mirándole a los ojos — ¡No lo puedo evitar, pero por haber sido usted tan amable deseo invitarla a cenar esta noche! Entonces ella, al escucharlo, lo miró asombrada y le dice — muy tímidamente — que no podía aceptar porque ese mismo día tenía otro compromiso con un amigo. La negativa de la joven a su invitación le produjo una profunda tristeza a Ernesto, la cual era tan grande que ella misma la pudo percibir en sus ojos. Pasados unos segundos, ella le explica a él que debe realizar una llamada telefónica y —levantándose muy

rápidamente de su escritorio— se va a una oficina contigua en la que se le escucha decir a alguien: —Hola, llamo para avisarte

que esta noche no podré ir a cenar contigo porque tengo que asistir obligatoriamente a una reunión de trabajo. Ella, regresó nuevamente a su escritorio —y conservando esa encantadora sonrisa en sus labios— le comenta a él que le había tenido que decir a su amigo que debía asistir esa noche a una reunión en el trabajo, para de esta manera poder aceptar su invitación de salir a cenar. Y él, con una alegría tan grande, atenuó solamente a sonreírle y a agradecerle por haber aceptado su propuesta. Y sin hacerle perder más el tiempo, él se despide de aquella mujer que lo tenía absolutamente hechizado, recordándole que luego la venía a buscar para irse juntos al

restaurante. Cuando salió tan sonriente de esa oficina, no sabía cómo explicarse porque él iba caminando así por la calle, con tanta alegría. Tampoco entendía porque iba caminando como un sonámbulo, sin saber a dónde ir, ni qué dirección tomar para poder seguir con el itinerario que ya había pautado para conocer a la ciudad. Así fue que, lentamente, retomó la idea de ir esa mañana al centro de ese lugar. Pero, sin embargo, cuando él iba caminando, continuaba hipnotizado como un robot y que no sabía si gritar de alegría o seguir haciendo sus cosas o simplemente irse a esperar hasta las seis de la tarde para poder ir a esa oficina y recoger a esa angelical dama que le había flechado el corazón y que le había dado al menos un poco de esperanza de que en este mundo valía la pena vivir. Mientras

tanto, esa mañana Ernesto pudo visitar varios sitios, tal como lo había planificado. Y siendo aproximadamente las cinco y media de la tarde, llega a su hotel para ducharse rápidamente. Sólo necesitaba cruzar a pie la calle para llegar a la oficina de la mujer que tanto había agitado su corazón y que tanto había estimulado las fibras más sensibles de su ser. Así, con esa flor de sentimientos, terminó de ducharse y prefirió salir más temprano de la hora acordada para estar puntualmente en el sitio donde lo aguardaban nuevamente esos latidos desgarradores que nunca había sentido.

4.1. El Bendecido Encuentro

Después tomar su ducha y arreglarse apresuradamente, cruzó la calle para poder llegar puntualmente al sitio del bendecido encuentro. Al llegar aquí, el ángel lo estaba esperando totalmente lista, con las llaves en la mano de la oficina y pudo ver en ella una generosa y amorosa sonrisa de alegría y de cariño. ¡Era algo mágico y un entendimiento de alma a alma! Pero esto no fue de manera consciente, más bien era algo instintivo y que él presentía —como un extraño "déjà vu"— que ya había ocurrido, anteriormente, en algún momento o lugar de su existencia. En ese instante, se podría decir que su alma era como una persona herida que estaba buscando a una enfermera... ¡Yahí estaba precisamente la enfermera! Como una ola, él le tomó los brazos y ella se sonrió —mirándolo tímidamente.

Entonces al tomarla de la mano, ella le dijo que eso no se hacía en su país, porque eso era algo que no estaba bien visto y porque existían muchas personas que podían interpretarlo mal. Así que haciendo caso de aquella sugerencia, le dejó de tomar la mano y se fueron paseando muy plácidamente, mientras iban charlando un poco sobre la idiosincrasia de aquel sitio. Luego, paulatinamente se fueron acercando e interactuando entre ellos. Al querer tomar un taxi en ese momento, ella le dijo: —¡No, no lo hagamos! ¡Así tendremos tiempo para conocernos mejor, mientras llegamos al restaurante! A lo cual él, realmente sorprendido, le respondió que estaba muy bien y que le agradecía mucho por aquel gesto. De esta manera es que ambos empezaron a juntarse poco a poco. El español de Ernesto no era muy bueno, pero con su

diccionario de la lengua española podía defenderse de aquella situación, mientras ella hablaba y hablaba de una forma que parecía una cascada, un torrente de agua que muy rápido, con una fluidez que ya hubiese querido tener él. Y fue exactamente así como él se enteró de que muchas cosas, historias y misticismos existen en este

hermoso lugar donde la gente es muy tradicional en su forma de ser y que hay mucha religiosidad en la cultura.

Asimismo se van recorriendo una de las calles principales de esta ciudad, hasta que llegan a un sitio que parecía una pagoda grande. Era un lugar enorme, por lo cual ella le dijo: —No tengas miedo aquí. Este restaurante lo conozco y la dueña es una gran amiga mía. ¡No tengas miedo, porque aquí nos van a dar el mejor sitio!

Y sucedió efectivamente que, cuando se acercaban al restaurante, vino una mujer sonriente con aspecto asiático, quien los saludó muy amablemente. Ella, apartándose un poco de él— se va a hablar con la mujer —mientras él la esperaba educadamente— y le hace unos ademanes a éste con la mano. Fue allí cuando él pudo entender que iban a tener un

hermoso espacio privado y dividido por unos separadores ambientales. Era muy bonito el sitio, pero inmensamente grande. De este modo, ellos pudieron tomar asiento. Luego la mujer acudió sonriente a su mesa trayéndoles — mientras ellos se miraban y se iban conociendo poco a poco — algo parecido a un menú y donde él pudo ver que había más platos que en cualquier restaurante

de Europa. Eran alrededor de, más o menos, unos veinte a treinta diferentes platos de la comida asiática y como él no sabía exactamente que era la comida asiática, le pidió a su amiga —su ángel— que le dijera qué plato le podría recomendar, a lo que ella le atinó, con muchísimo cariño, que probará un riquísimo "chijaukay", a lo cual —sin comprender absolutamente nada— se quedó completamente atónito porque no sabía exactamente sobre lo que ella le estaba hablando. Ella, al ver su rostro absolutamente en sorpresa, comenzó a explicarle que el "chijaukay" era un tipo de comida asiática típica, a base de pechugas de pollo enrolladas, es decir, con un estilo a "La Romana" —como le podrían decir en Europa al empanizado de pollo con huevo y harina— y acompañado de una salsa de limón, lo cual se veía muy

delicioso. Eso era lo que ella más le recomendaba y así optó por tomar la sugerencia. Igualmente, ella también se decidió a tomar su respectivo aperitivo — que solo ella pronunciaba en chino — y que parecía ser un "chop suey". Así que ambos comenzaron dulcemente a mirarse a los ojos y a conocerse. Ella le explicaba que trabajaba en aquella empresa desde hacía mucho tiempo y que le encantaba demasiado su trabajo, porque le permitía conocer a mucha gente y podía estar en contacto con diferentes culturas del mundo. Además, ella le manifestó a Ernesto, de forma muy sincera, que le sorprendía enormemente la invitación que él le había hecho para ir a cenar y que ella no sabía por qué la sabía aceptado. Luego y sin más preámbulos —y después de haber esperado unos diez o quince minutos— les trajeron los aperitivos, que

degustaron con muchas ganas. Igualmente pudieron seguir poco a poco disfrutando de su cena, aunque lastimosamente no hubo un buen vino — pero sí había un exquisito zumo exótico que pudieron saborear—. Sin más preludios, empezaron a contarse sus cosas. Y fue ahí cuando él comienza a contarle aquella historia de su vida —y cuyo aciago recuerdo lo tenía desolado.

Después de terminar esta maravillosa y deliciosa cena, Ernesto y su ángel se despidieron para irse a descansar —cada uno por su lado.